



ARTICULO DECIMO.

SIETE DE JULIO.



El acontecimiento de Aranjuez contribuyó como hemos dicho á reanimar el espíritu público, despertando de una especie de letargo á muchísimos que, aunque poco satisfechos del estado de las cosas, no creían tan inminentes los peligros. Restituyó un poco la confianza la vuelta del Monarca, que se consideraba siempre como el iris de paz en estas tempestades. Mas no por eso dejaba de verse oscurecido el horizonte como en tono de amenazar con otros mas terribles. Estaban los enemigos de la Constitución demasiado avanzados en sus planes subversivos para arredrarse con sus dos derrotas anteriores. Les faltaba que tentar un golpe final y decisivo, atacando en su raíz lo que tanto los mortificaba, lo que era objeto de sus odios tan encarnizados.

Los dos regimientos de la guardia Real de infantería que tomaron por instrumento de sus tramas, contaban en su seno un crecido número de oficiales y de gefes adictos todos á la causa de la Constitución, y que en todos tiempos se habian mostrado celosísimos en apoyarla por cuantos medios se les ocurrian. Ningun cuerpo de la guarnición ni aun del ejército llevaba en esto ventajas á dichos regimientos. Mas en el todo de la tropa no reinaba el mismo espíritu. Sea con motivo de algunas riñas anteriores entre algunos de sus individuos y otros de la Milicia Nacional, sea por otras causas, no hay duda de que fermentaba en sus cuarteles cierto espíritu de desobediencia y sedición, de que supieron aprovecharse con habilidad los que asociaron dichos cuerpos al cumplimiento de sus planes.

La mañana del 30 de junio del mismo año cerraron las

Córtes su legislatura ordinaria, que se habia prolongado un mes, como era de costumbre. Asistió el Rey personalmente á dicha ceremonia, y ni durante su ida ni en todo el tiempo que duró el acto que solemnizaba su presencia, se notaron síntomas algunos de desórden. A su vuelta á Palacio comenzaron á notarse síntomas de mala inteligencia entre algunos soldados que formaban la carrera, y los espectadores que se hallaban á sus inmediaciones. A la entrada del Rey en Palacio se oyeron algunos gritos subversivos. Pocos momentos despues ocurrió en sus inmediaciones una riña séria, provocada por algunos soldados de la guardia, que estaba todavía como en formacion contra algunos Milicianos. Resultaron de esto heridas de algunos, y hasta la muerte de uno de ellos. Mas pudo apaciguarse por entonces la contienda, cuya noticia circuló con la velocidad del rayo por la capital, y esparció la alarma en todas partes.

La tarde de aquel mismo dia los dos destacamentos que estaban de servicio en el Palacio, se entregaron en la plaza á los actos mas públicos de insubordinacion, prorumpiendo en vociferaciones subversivas contra el órden público. Como no estaban todos los oficiales en el mismo plan, se suscitaron entre ellos disputas acaloradas sobre una conducta que escitaba en ellos tan diversos sentimientos. Uno de los tristes resultados de esta mútua animosidad, fue la muerte de uno de dichos oficiales mas fieles, que se habia opuesto con la mayor energía á escesos tan escandalosos, y que al querer refrenarlos por su misma mano, pereció á las de sus soldados, espirando casi á las mismas puertas del Palacio.

Consternó esta noticia á los habitantes de la capital, y puso en movimiento los ánimos de todo el mundo. Se formó la guarnicion como tenia de costumbre en estos actos, y como estaba algo entrada ya la noche, se establecieron fuertes patrullas por todas las calles de la capital, y sobre todo por las avenidas de Palacio. Ninguna de ellas penetró en la plaza donde se hallaban los dos destacamentos insurreccionados, y la noche terminó sin que de una y otra parte se hubiese cometido ningun género de hostilidades.

La mañana siguiente del día 1.º de julio encontró las cosas en el mismo estado. Permanecían en la plaza de Palacio los dos destacamentos, y en sus cuarteles respectivos los otros batallones de la guardia. Patrullaban por las calles como en la noche antecedente destacamentos de la guarnición, y las cosas se presentaban todas bajo un aspecto, que sin dejar de hacer ver su estado verdadero, no ofrecían un carácter claro que promoviese encendimientos populares.

Veía todo el mundo que había comenzado una insurrección militar, que no estaba esta sofocada, que por la clase de la tropa y sitio en que se hallaba, no podía ser un movimiento aislado, ni efecto de circunstancias imprevistas. Se decía que los batallones de la guardia que estaban en sus cuarteles, se hallaban en un estado completo de insubordinación y de desorden. Así era en efecto. Uno de ellos á quien pertenecía aquella mañana cubrir los puestos de la guarnición, se negó á hacer este servicio. Otros soldados que salían de guardia á las órdenes de un oficial que pasaba por muy adicto al sistema constitucional, se negaron á seguirle por la calle; porque les tocaban una marcha que no era de su gusto. Los oficiales fieles de dichos cuerpos que quisieron inspirarles sentimientos de orden, tuvieron que dejar los cuarteles, por no ser víctimas de sus furores sediciosos. Todo anunciaba una ruptura inmediata entre dichos cuerpos y las tropas leales y otros individuos armados de la capital; mas el día se pasó en inacción completa, sin producir mas efectos que una agitación extraordinaria en todo el mundo, que aquel movimiento de curiosidad y de inquietud que producen situaciones de esta clase. No se cometieron ni violencias ni desórdenes. Permanecieron las tiendas abiertas todo el día, observación que ya hemos hecho al hablar de los disturbios anteriores, y que repetiremos con respecto á los demás días que duró la crisis. Llegó la noche así en medio de tanta ansiedad é incertidumbre. Permanecían encerrados los batallones de la guardia Real: las otras tropas de la guarnición estaban también en sus cuarteles; á escepción de los destacamentos que patrullaban por las calles. En la plaza de Palacio permanecían los mismos dos que se habían insurreccionado en la noche

del 30. La gente andaba toda por las calles, preguntándose mutuamente novedades, y esparciendo cada uno especíes á su modo, como sucede en tales casos.

A eso de las once de la noche se esparció la voz, de que los cuatro batallones de la guardia Real acababan de dejar sus cuarteles, y de salirse fuera de Madrid todos por una misma puerta. Era así en efecto, y también era verdad que se hubiese realizado esta salida con dicha circunstancia extraordinaria. Estaba acuartelado uno de los batallones en la calle de S. Mateo, y otro junto á Sta. Bárbara: que estos dos cuerpos hubiesen salido de la capital por la puerta de este nombre, parece una cosa natural; mas era extraño que los otros dos situados el uno en la calle de Sta. Isabel y el otro en S. Juan de Dios, hubiesen bajado al Prado, y recorridole todo para reunirse con sus compañeros, sin que nadie los molestase ni tratase de detenerlos en un trecho tan considerable. Los cuatro batallones salieron así de Madrid casi al mismo tiempo, y marcharon formando una columna, inmediatamente que se vieron fuera de las puertas.

No podían presentarse indicios mas explícitos, de que se habia dado principio á una séria insubordinacion militar, promovida por un plan político. La agitacion de la capital llegó entonces á su estremo. Todos vieron que habia llegado el tiempo de defender las leyes con las armas en la mano, y de repeler la fuerza con la fuerza. Todos los militares de la guarnicion, todos los individuos de Milicia Nacional acudieron á sus puestos. Patriotas que no pertenecian á ninguna de estas clases pidieron armas y alistamiento en las filas de cualquiera tropa. Acudieron al Parque de artillería los numerosos oficiales de la guardia Real, que habian permanecido fieles á la justa causa, y dicho punto fue el general de reunion para los militares que se hallaban sin cuerpo ó sin destino.

El Ayuntamiento Constitucional se reunió inmediatamente, y estuvo en permanencia casi desde aquel momento hasta el desenlace de aquel drama tan nuevo y tan extraordinario. Penetrado de lo crítico de las circunstancias, se mostró digno del título de una corporacion municipal y popular, dando un impulso fuerte á los sentimientos pa-

trióticos, suministrando auxilios de toda especie, alentando con su egemplo á todos, mostrándose decidido á correr la suerte que podia amenazar á los comprometidos por la buena causa, desempeñando en fin uno de los principales y mas nobles papeles en aquella situacion, sin duda la mas peligrosa, en que hasta entonces se habian visto la capital y los destinos de la patria.

Al amanecer del dia dos salió de Madrid uno de los generales mas acreditados que se hallaban en la capital á la cabeza de algunas tropas en alcance de los batallones insurreccionados; mas á las dos horas hubo de volverse sin tener con ellos ningun encuentro ni hostilidad de clase alguna. En cuanto á estos últimos despues de haberse reunido al salir de Madrid, y tomado en el almacen de pólvora las municiones que necesitaban, continuaron su marcha, y la mañana del dia dos se situaron en el Pardo.

Los dos batallones de la guardia Real á que pertenecian los destacamentos que estaban de servicio en Palacio, habian marchado aquella misma noche á reunirse con sus compañeros.

En esta situacion comenzó el dia tres para los habitantes de la capital. Cuatro batallones que acababan de hacer parte de la guarnicion en completa desobediencia y sedicion á las dos leguas: manifestando los mismos sentimientos otros dos que estaban situados en la plaza de Palacio: la demas guarnicion que se conservaba fiel, sobre las armas: con ellas igualmente las tropas de Milicia Nacional que se establecieron en la Plaza mayor y en sus inmediaciones: en permanencia el Ayuntamiento Constitucional animando á la defensa: en el Parque de artilleria todos los oficiales fieles de la guardia y un número considerable de patriotas que no pertenecian á dependencia alguna: por todas las calles de la capital patrullas numerosas, y en medio de todo un orden, una aparente tranquilidad, un silencio como si no hubiese ocurrido ningun acontecimiento de importancia. Era singular sin duda alguna esta fisonomia de la capital en medio de peligros tan inminentes como formidables: era singular que no se prorumpiese ni en espresiones amenazadoras, ni en vociferaciones violentas de ninguna especie, que no se cometiese el mas mínimo



desórden, que no se atentase á la propiedad de nadie en momentos donde se desencadenan las pasiones, en que las circunstancias parecen provocar á todo género de excesos; mas estábamos los españoles indudablemente destinados á mostrarnos tan estraños en revoluciones, como en otros muchos casos, en que ni ofrecemos modelo ni copia de lo que pasa en otros pueblos.

Para llevar al colmo este carácter de singularidad, se nombró al comandante general del distrito, coronel de los dos regimientos de la guardia Real. Con tal carácter se presentó á los cuatro batallones que estaban fuera de las puertas, y trató de persuadirlos á que entrasen en su deber cuanto mas antes. Trataron ellos al contrario de inducir al mismo á que se pusiese á su cabeza, y dirigiese el movimiento reaccionario y subversivo. El resultado de la conferencia fue que el general se volviese á Madrid, y continuasen los batallones, sin que estos dejasen por eso de reconocerle como gefe, ni se desentendiese el nuevo coronel de darles como tal sus órdenes. Asi tenian en la apariencia el mismo gefe militar las tropas de la capital que estaban sobre las armas en defensa de las leyes, y las que se hallaban fuera abandonadas á una sedicion, con el fin de trastornarlas.

En la tarde del mismo dia dos se situó en la plaza de Santo Domingo un destacamento de oficiales sueltos, de militares de otras clases y patriotas de todas condiciones. Fue esta la última disposicion militar que se tomó para completar el sistema de defensa, y asi permaneció todo inalterable, durante los tres dias sucesivos que duró la expectativa sobre el final resultado de aquel movimiento estraordinario.

En efecto el dia 3, 4, el 5 y el 6 prestaron exactamente el mismo carácter, igual fisonomía que los anteriores. La misma situacion en los campos: el mismo aire de calma y tranquilidad aparente en el seno de la capital: la misma permanencia sobre las armas de todas las tropas y Milicia Nacional: la misma constancia del Ayuntamiento en comunicar su buen espíritu á todos los habitantes y demas patriotas tan interesados en la conservacion del orden público. Entonces nos pareció singular y estraordinaria di-

cha escena : hoy que reflexionamos sobre ella con mas sangre fria , no alcanzamos á qué podemos compararla.

Los dos batallones que se hallaban en la plazuela de Palacio se conservaban siempre en la mas completa insubordinacion. Muchos de los oficiales de las Secretarías y otros cuyos destinos los llamaban á Palacio diariamente , tuvieron que abstenerse de ejercer sus funciones por temor de insultos. Se hablaba de muchos cometidos sobre varias personas , y de todos modos es notorio , que con este motivo y otros sacados de la misma situacion en que aquellas tropas se encontraban , quedó hasta cierto punto interrumpida la comunicacion entre fuera y dentro de Palacio.

Se conservaba en algunos la esperanza de que los cuatro batallones insurreccionados que se hallaban fuera volverian á su deber , ó se disiparia de otro modo la tempestad que nos amenazaba. El gobierno les habia mandado repetidas órdenes para disolverse y alejarse de la capital , destinando cada batallon á su distinto punto. Habian efectivamente mediado negociaciones sobre el particular ; mas los rebeldes se obstinaron en permanecer unidos en el mismo punto que ocupaban.

No hay duda que el plan habia sido formar un movimiento insurreccionario en el mismo centro de la capital , y que solo la irresolucion ó el aspecto de la resistencia con que no podian menos de contar , produjo la salida de la capital , de los cuatro batallones. Frustrado su primer plan quedaba por recurso la salida de la misma Côte y su incorporacion en los cuatro batallones para promover asi el movimiento insurreccionario en otros puntos. De este modo se explica la permanencia obstinada de los cuatro batallones en las cercanías de la capital durante tantos dias. Solos no podian llevar la insurreccion á otras provincias. Un ataque sobre la misma capital podia parecerles peligroso , mientras conservaban esperanzas de que se verificase al fin la reunion tan deseada.

Mas esta esperanza llegó á faltarles al fin de tres ó cuatro dias. La aproximacion por otra parte del comandante general del tercer distrito , que venia con tropas en defensa de la capital , hacia peligrosa y hasta imposible la permanencia de los cuatro batallones en el Pardo , ú otro cual-

quier punto que hubiesen elegido. Habia llegado ya el tiempo para ellos de tomar una resolucion cualquiera, y como se verá se decidieron por la mas desesperada; pero la única que podia coronar su movimiento sedicioso con los importantes resultados á que iba dirigido.

Los cuatro batallones establecidos en el Pardo sin esperanza ya de que á la Côte viniese á reunírseles, temiendo por otra parte ser arrollados en su posicion por las tropas del comandante general del tercer distrito que estaba ya á sus inmediaciones, resolvieron entrar á mano armada en Madrid mismo y dar asi un golpe decisivo que cortara de una vez el nudo de las dificultades en que ellos y sus motores se hallaban tan envueltos.

A las doce de la noche sobre poco mas ó menos, principio del dia siete, se formaron é inmediatamente se pusieron en camino en la direccion que ya se ha dicho. A las dos y media de la mañana, mucho antes del amanecer, se entraron por la puerta del Conde Duque sin haber sido molestados ni al parecer vistos ni observados por ninguno. En seguida continuaron su marcha por las calles de la Capital y con el mismo silencio llegaron por la ancha de San Bernardo á la embocadura de la de la Luna donde hicieron alto.

Los cuatro batallones habian marchado formando una sola columna hasta este punto. En todo su camino no habian observado bastante órden ni las reglas que la disciplina prescribe en semejantes casos; y no podia esperarse otra cosa de cuerpos que se hallaban tan escasos de oficiales y abandonados hacia seis ó siete dias á los desórdenes que lleva consigo una sedicion de aquella clase. Lo que indicamos es un hecho positivo. La conducta sucesiva de dichos batallones comprueba esta verdad del modo mas satisfactorio.

Despues del alto que hemos indicado, continuaron su marcha los tres primeros batallones por la calle de la Luna. Debia el primero caer sobre la puerta del sol, y los otros dos sobre la Plaza mayor donde se hallaban la mayor parte de los milicianos nacionales. El cuarto batallon tuvo órden de continuar parado en el mismo sitio donde hicieron alto todos, y aguardar á que los

otros hubiesen dado el golpe proyectado. Entonces debía caer de repente sobre el destacamento situado en la plaza de Santo Domingo, y darse la mano en seguida con los batallones que estaban en la plaza de palacio.

En Madrid no se habia sabido nada en todo el dia 6 de este movimiento proyectado. En la noche del 6 al 7 no se vieron síntomas de alarma ni se tomaron mas precauciones que las ordinarias. Habia, pues, sido sorprendida la Capital del modo mas completo. Debian ya los enemigos de la Constitucion contar con un triunfo seguro, y saciar su sed de venganza hasta entonces suspendida. Mas no habia llegado todavía una hora tan aciaga. Una casualidad hizo que el alarma se esparciese en un momento, y que todos acudiesen á las armas.

Una pequeña patrulla del destacamento de la plaza de Santo Domingo que circulaba á la sazón por las calles inmediatas, tropezó al desembocar la calle de Silva con los batallones que subian por la calle de la Luna. Al quien vive que se dieron de una y otra parte conocieron mutuamente que eran enemigos y se hicieron fuego. Su estruendo en medio del silencio y tinieblas de la noche fue la trompeta del combate que puso en movimiento á todo el mundo. Los tres batallones que se vieron descubiertos de un modo tan ruidoso se desconcertaron, se desordenaron como era natural en quienes contaban con sorpresas. Desde aquel momento debieron dar su golpe por perdido, mas siguieron adelante sin embargo con el desórden y desaliento que debe suponerse. Se sabe como fueron recibidos en la Puerta del Sol y Plaza Mayor por las tropas nacionales animadas de su excelente espíritu. La artillería auxilió los esfuerzos de la infantería y caballería. Era imposible que tres batallones ya en desórden que contaban con sorpresas, acobardados ademas con el sentimiento de un delito tan horrible, pudiesen luchar con tantas tropas indignadas de aquel acto temerario. Asi fueron rechazados de la Puerta del Sol y calle Mayor y de todas partes donde quisieron entrar á viva fuerza. A haberse obstinado en lid tan desigual hubiesen perecido todos; mas prefirieron tomar en desórden y precipitadamente por la calle y otras que dan sobre la del Arenal,



y refugiarse por la plaza de Oriente á la de Palacio donde estaban formados los dos batallones de la misma guardia.

El cuarto batallon de la columna invasora que esperaba á la embocadura de la calle de la Luna que hubiesen dado su golpe los restantes, en lugar de avanzar despues de oido el fuego se puso en retirada, y volvió á salir de Madrid, no sabemos si por la misma puerta. Despues verificó otra entrada por una diferente, segun entonces entendimos, mas fue despues de haberse terminado completamente las hostilidades.

Cuanto acabamos de referir fue obra de hora y media ó á lo mas dos horas. A las tres de la mañana, es decir, un poco antes del amanecer estaba la Capital, estaba la Nacion entera amenazada de las calamidades mas horribles. Se saboreaban con un triunfo completísimo los que habian entrado en aquellas tramas criminales. Estaba lleno ya el Palacio de personajes de todas condiciones, unos que contaban con modificaciones como resultado de aquella victoria deseada: otros que aspiraban al puro absolutismo y en su mente habian acaso condenado á los primeros á los mismos rigores que á sus mas irreconciliables enemigos. Antes de las seis de la mañana se habia ya pasado un peligro tan inminente y horroroso, y las tropas nacionales conseguido un triunfo el mas completo. Sus enemigos estaban ya sin retirada, aguardando tal vez las represalias de una guarnicion, de una poblacion que podian creer entusiasmada y tan justamente enfurecida.

Ningun cuerpo, ningun tropel sin embargo se atrevió á penetrar en aquel recinto que se consideraba tan sagrado. Las autoridades militares, los oficiales superiores que habian acudido á ponerse al frente de las tropas, contribuyeron sin duda á inspirar sentimientos de moderacion y de órden; mas es indudable que reinaban estos en los ánimos de todos, sobre todo en los de la generalidad, cuando obedecieron con tan poca resistencia.

Nueva situacion y extraordinaria como todo lo que nos sucedia en dicha época. La guarnicion, la Milicia Nacional, los patriotas que habian acudido á la defensa de la capital con las armas en la mano, acababan de conseguir una

victoria, no sobre enemigos ordinarios, sino sobre tropas que se habian mostrado instrumentos de una reaccion tan espantosa. Se hallaban estos enemigos todavía con las armas en la mano en un sitio que consideraban como asilo, donde estaba el foco de las conspiraciones que en otros lances y en este particularmente habian contado con tan ciegos instrumentos. El destino, la suerte que debian tener aquestas tropas, fue un objeto sério de atencion, y de él se ocuparon la diputacion permanente de las Córtes, varias autoridades militares, y hasta entró en la conferencia uno de los gefes de los batallones sublevados. Despues de varias discusiones se determinó que los batallones de la plaza de Palacio dejarian las armas en el mismo sitio, y quedarian en seguida á la disposicion del gobierno que los emplearia ó dispersaria, segun creyese conveniente.

Esperaba el público que se cumpliese lo dispuesto, y lo esperaban asimismo las tropas que estaban aun sobre las armas. Mas los batallones encerrados prorumpieron en vociferaciones y gritos sediciosos al saber bajo qué condiciones se les perdonaba, y asi en vez de entregar sus armas, se salieron todos tumultuariamente con ellas por la puerta de la Vega, dejando asi defraudado á todo el mundo del desenlace con que se contaba.

Las tropas de la guarnicion y parte de los Milicianos Nacionales, marcharon en persecucion de aquellos fugitivos que en el desórden indispensable en que se hallaban, no podian volver caras, ni oponer ninguna resistencia. Asi fue muy fácil dispersarlos, hacer á unos prisioneros, y obligar á otros á que se rindiesen, perdonándoles la vida.

Tal fue el siete de julio, en cuyas circunstancias nos hemos detenido mas que en las de otros lances anteriores, porque nada esplica de un modo mas evidente y positivo el carácter de los tiempos. Con este solo objeto, no con el de hacer acriminaciones que siempre serian justas, hemos presentado hechos positivos é irrefragables, y de que á nadie puede quedar la menor duda. Al historiador toca desmenuzar mas aquestos hechos, penetrar mas hasta su origen, y llamar á su inflexible tribunal á los que contribuyeron á que la capital, á que la Nacion entera se hubiesen visto en crisis tan terrible. Nuestro objeto es hacer ver lo

que era este pueblo de Madrid, lo que era este partido liberal que algunos se complacen en presentar como sediento de desórdenes y sangre, lo que eran estos excesos que según el mismo sistema favorito producía esta Constitución tan democrática. Era tan claro para todos, como el día que se había fraguado una conspiración para subvertir las leyes del Estado; para nadie podía ser dudoso que se trataba de castigos, de venganzas, de reacciones espantosas. Acababa la capital de ser invadida por sorpresa por los que iban á ser ejecutores de estos proyectos sanguinarios, los patriotas de todas condiciones que durante seis días habían estado sobre las armas devorados de inquietudes, desbarataron este plan, arrollaron á sus enemigos, y se vieron por un momento dueños de los mismos que acababan tal vez de proscribirlos. ¿Cómo se condujeron después de la victoria? ¿Qué gritos de venganza profirieron? ¿Qué vociferaciones subversivas de las leyes, atentatorias á la seguridad pública se escucharon de aquellos hombres que tenían tantos motivos de mostrarse enfurecidos? ¿Qué excesos se cometieron? ¿Qué persona fue objeto de ningún insulto? ¿Qué casa fue allanada? ¿Qué propiedad fue objeto de despojo? ¿Quién se vió obligado desde las siete de la mañana de aquel día á cerrar sus puertas que habían permanecido constantemente abiertas toda la semana? Y si se atiende á que era domingo este día crítico, á que todos los habitantes de Madrid se hallaban por esta circunstancia en la calle sin tener otros negocios que los públicos; ¿quién no tendrá la buena fe de confesar que la moderación observada después de la victoria en unos, no puede compararse sino con el desenfreno y los furiosos con que la hubiesen coronado sus antagonistas á ser suya?

No, la revolución de España en lugar de presentarse bajo el carácter odioso con que la intentan desfigurar sus enemigos, pasará á la posteridad con colores del todo diferentes. No había verdadera revolución ni verdaderos revolucionarios. No había estas pasiones, este gusto del desorden, esta propensión á sacar partido de disturbios de que se han hecho tantas acusaciones infundadas, ligeras y producidas por el orgullo de la victoria, que un año después pasó por fin al campo de nuestros enemigos. A existir di-